

Es a partir de esta trascendencia cuando el hombre descubre su pertenencia al orden, ya al mundo-naturaleza como al del mundo de la historia.—E. S. V.

MAGNINO (B.): *Solitudine e crisi di valori*, "Sapienza", núm. 2 (1962) (páginas 194-204).

Los motivos del exasperado individualismo por una parte y los de un cierto existencialismo por otra, confluyen como algo corrosivo en el pensamiento europeo de nuestro siglo. Heredero el individualismo de ciertas reivindicaciones del humanismo y el existencialismo de una corriente de pensamiento que ha abierto nuevas perspectivas no sólo a la especulación, sino también a la costumbre, los motivos de ambos, encontrados, se han agudizado y tomado una consistencia imperativa y revelan, al mismo tiempo, un estado de ánimo de ansiedad y de angustia, de desilusión y de soledad.

Si "existir—decía Kierkegaard—significa, ante todo, ser un individuo" si "el infierno—dice Sartre—son los demás y para el individuo lo es la sociedad", sólo la soledad es el estado "auténtico" del hombre que, manteniéndose en él, evitará caer en la "vida inauténtica" del ser con otros, de la convivencia.

El deseo de emanciparse de todo estreñimiento y de todo vínculo y ligamen, de negar toda forma de dependencia en el plano social como en el especulativo, ha conducido a la revuelta que de Camús a Sartre y a Kafka se expresa en términos harto conocidos. La incredulidad que niega al mismo tiempo la ciencia y la religión, la moral y el Derecho, es la base de la desconfianza. Esta nace, acaso, del terror de que ciertas experiencias históricas puedan repetirse; se tiene el temor de ser engañados, de ser víctimas de manejos políticos y sociales. La voluntad de infringir todo lo que limita la autonomía del individuo, a costa de descomponer el orden y la estabilidad del ambiente en que se vive, proviene de la desconfianza en la esencia de ese orden y esa estabilidad. Y por eso se prefiere permanecer solos.

La soledad nace, pues, de la falta de valores objetivos a que referirse. La crisis de nuestro tiempo—dice el autor y es ya un lugar común—, es crisis de valores. Por eso el hombre contemporáneo ha pretendido agarrarse a los mitos y ha confundido los mitos con la realidad, esa realidad que él mismo ha descartado del

campo de investigación y que, por tanto, no puede ya encontrar.

El drama de la conciencia moderna, que se desenvuelve en el más exagerado aislamiento del individuo en su yo, consiste, propiamente, en este eludir la posibilidad de defender concretamente la vida y sus valores.

Es lógico que la crisis del concepto de valor conduzca al hombre a sentirse sólo, porque el valor, como dice Le Senne, es "la relación interexistencial que uno no términos, sino personas", y no puede tener sentido sino por ellas. La crisis del concepto de valor, se trasluce en la crisis de cada uno y en la crisis del mundo social, porque expresa la fragmentariedad, el aislamiento, la ruptura del nosotros con los otros.

La crisis del concepto de valor y, por tanto, la crisis de los valores es—termina el autor—la crisis del encuentro entre los hombres; una crisis de solidaridad, una crisis de comunión; es la crisis del que quiere encerrar lo infinito y absoluto en lo finito y relativo; es la crisis del que no tiene poder mental o la disposición ética para superar lo contingente y por eso se relativiza hasta encerrarse en su yo; "un 'io' sia ben chiaro, che non è più una fortezza, ma un carcere" (*ibíd.*). Desde esta cárcel el hombre no puede contemplar un horizonte fuera de él ni ver que también existen "los otros"; no puede subordinar todos sus prejuicios intelectuales y sus intereses particulares al amor a la verdad. "E quando l'uomo non è più capace di cercare la Verità, è allora che si sente ed è davvero disperatamente solo. La sua solitudine lo sospinge verso la negazione, come la negazione lo ha sospinto verso la solitudine" (pág. 204).

No nos queda sino subrayar la agudeza y acierto con que están captados en este breve estudio el carácter y la crisis de nuestro tiempo que, como dice muy bien, es una crisis de valores. Y, añadiríamos nosotros, no de cualquier valor, sino de los valores morales y metafísicos y, en definitiva, de la persona, que es el único sujeto y realizador de aquéllos.—E. S. V.

PARKER (Francis H.): *Classical Realism and the Integration of Knowledge*, en "The Review of Metaphysics", XIV, 3, 1961 (pás. 543-564).

Se subraya el hecho de la autonomía y desamparo, por parte de los principios